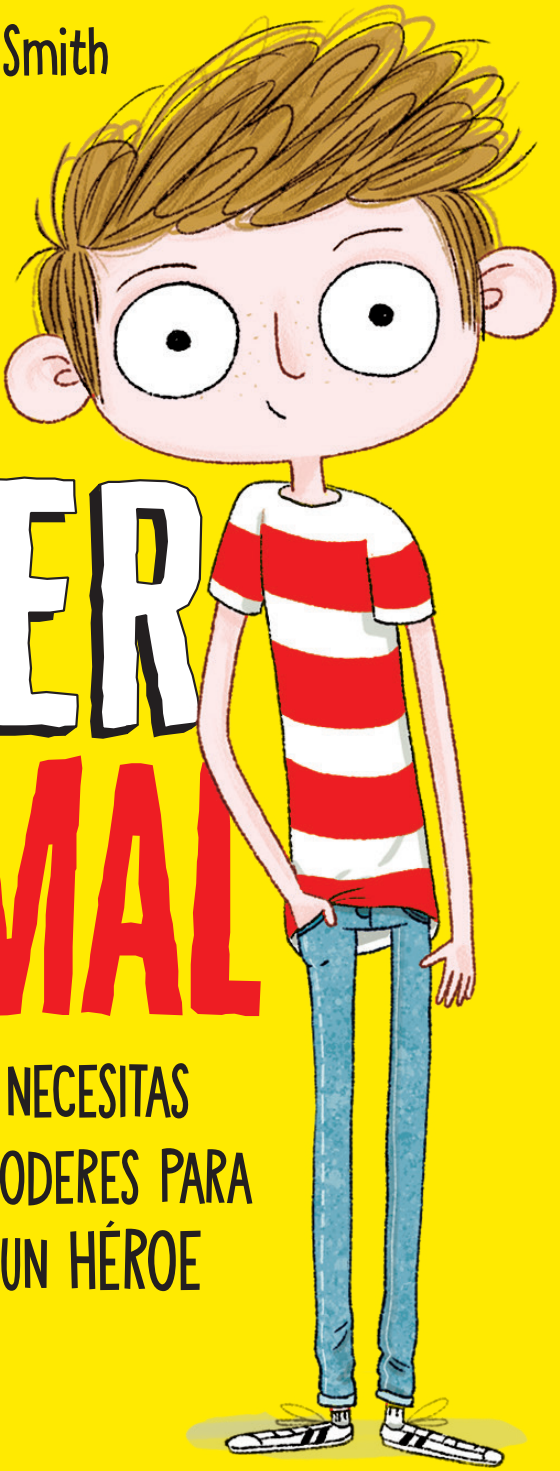
Greg James · Chris Smith



SUPER NORMAL

NO NECESITAS SUPERPODERES PARA SER UN HÉROE

RBA

SUPERNORMAL

RBA MOLINO

SUPER NORMAL

NO NECESITAS SUPERPODERES PARA SER UN HÉROE

Greg James • Chris Smith

Ilustraciones de Erica Salcedo

Traducción de Mireia Rué

RBA

Título original inglés: *Kid Normal*

Publicado por acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

© del texto, Greg Milward, Chris Smith, 2017
© de las ilustraciones: Erica Salcedo, 2017.
© de la traducción: Mireia Rué, 2017.
Página 116: referencia a *El rey león*. EL REY LEÓN® es una marca registrada de Disney Enterprises, Inc. © de los personajes de *El rey león*, Walt Disney Company, 1994.
Página 118: referencia a *Frozen*. FROZEN® es una marca registrada de Disney Enterprises Inc. © de la princesa Elsa y de los demás personajes de *Frozen* de Disney, Walt Disney Company, 2013
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2017.
Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: septiembre de 2017.

RBA MOLINO
REF.: MONL386
ISBN: 978-84-272-1167-4
DEPÓSITO LEGAL: B-15.826-2017

Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

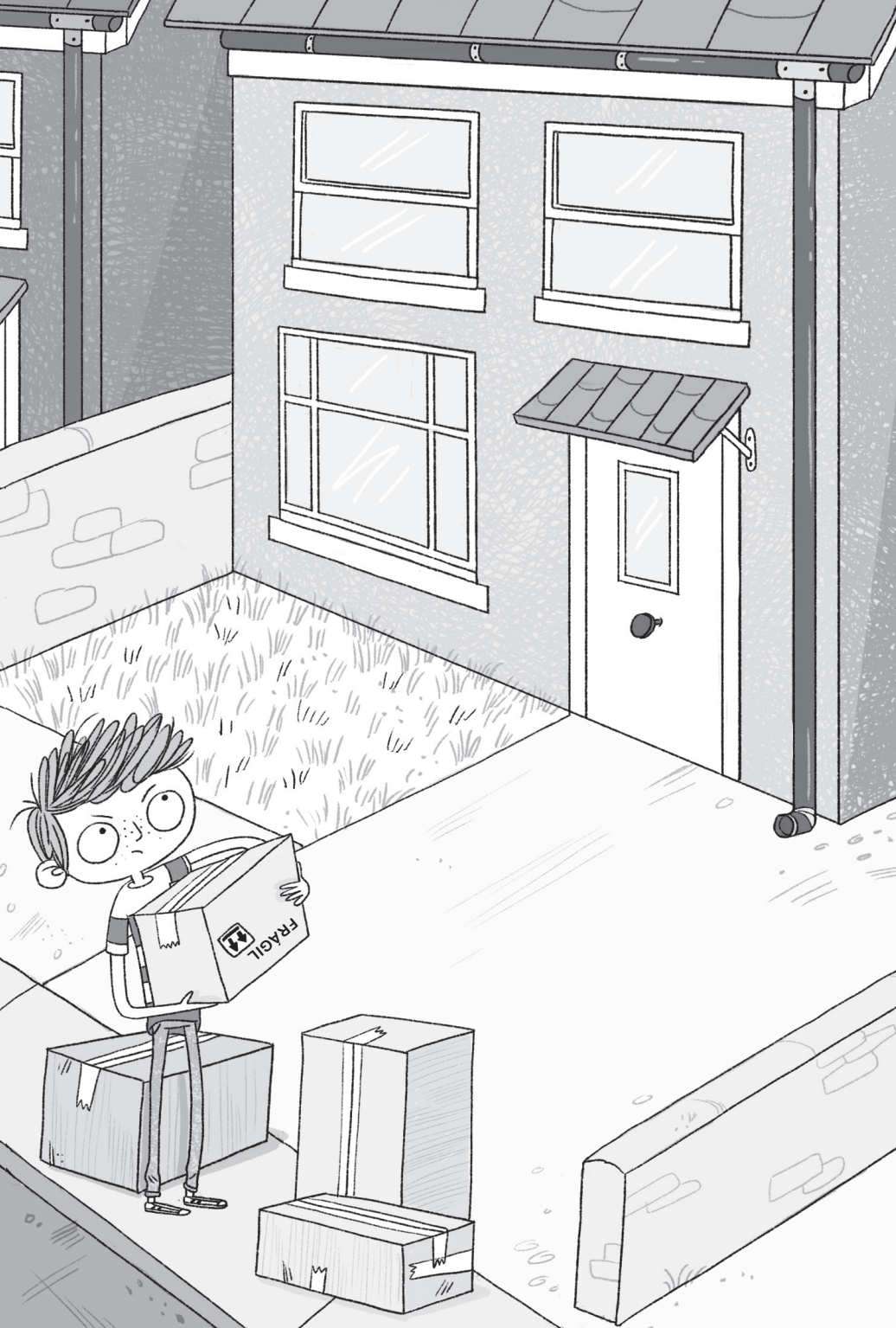
Para LJ

— Chris

A todos los supernormales,

decid siempre sí a una aventura.

— Greg


FRAGIL

1

La casa nueva

Murph odiaba la casa nueva más de lo que nunca había odiado nada. Una brisa ligera —como esas con las que tan a menudo empiezan las novelas— le alborotó las greñas de color castaño cuando levantó la cabeza hacia el edificio. Con todo el poder de su cerebro de un niño de once años, trataba de dilucidar por qué razón esa casa le hacía sentir tan mal.

El problema con la nueva casa era... que era demasiado *nueva*. De pequeño, Murph había vivido en una mucho más antigua, con escaleras de madera fascinantes que conducían a un desván de una sordidez fascinante, repleto de cajas fascinantes y que además tenía un jardín lleno de árboles fascinantes a los que uno podía encaramarse y construir cabañas fascinantes. Era la típica casa en la que se viven aventuras... aunque, la verdad, él nunca había vivido ninguna. Pero la *posibilidad* estaba allí.

Y ahora ya no podría vivirlas. Hacía cuatro años, Murph, su madre y su hermano habían tenido que marcharse de esa

casa para mudarse a otra ciudad, obligados por el trabajo de su madre. Eso ya era una faena. Pero el caso es que, al cabo de un año, habían tenido que trasladarse otra vez. Y luego otra. Y otra más. Así que ahí estaba, a un tercio de su vida de distancia de ese hogar lleno de rincones que tanto le gustaban, contemplando una casa nueva y deseando con todas sus fuerzas que alguien la volara en mil pedazos o le pegara fuego. Algo que en realidad pasaría. En aquel momento, sin embargo, Murph aún no lo sabía.

Y aunque hubiera sabido que, al cabo de unos pocos meses, la nueva casa iba a acabar convirtiéndose en un montón de ruinas humeantes, la idea tampoco hubiera logrado que se alegrara demasiado. Bajo el cielo pardo de una tarde lluviosa que encajaba a la perfección con su estado de ánimo, iba cargando cajas de cartón hasta esa casa que también tenía forma de caja, y las iba dejando en un recibidor que hacía eco y que estaba pintado en un tono de verde casi idéntico al del vómito de gato.

La nueva habitación de Murph era de un verde distinto, aunque tan horrible como el del recibidor; se parecía al de un aguacate pasado. Su dormitorio era un candidato perfecto a ganador del premio a la habitación más deprimente de la casa nueva, y la competencia no escaseaba que digamos. Dentro solo había un colchón en el suelo y una cómoda blanca.

De haber sido más temprano, la ventana desnuda de la habitación habría ofrecido una vista magnífica del canal grasiento que discurría tras la casa y del muro de ladrillos que había al otro lado. Murph se alegró de que hubiera anochecido.

El muchacho abrió la cremallera de la bolsa de viaje mientras dejaba escapar un suspiro y empezó a vaciarla. Poco a poco, fue colocando tejanos y camisetas en los cajones de la cómoda de forma más o menos ordenada y, al rato, ya solo le quedaba un par de prendas en la maleta. En lugar de guardarlas con las demás, las dejó encima del colchón vacío y se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, para contemplarlas.

Eran cuatro camisetas grises: las que había llevado el último día en las últimas cuatro escuelas a las que había asistido. La primera estaba cubierta de firmas en rotulador: era casi una tradición que, cuando un alumno se iba, los demás le escribieran un mensaje de despedida.

Te echaremos de menos, tío - Max

¡Escribe, superstar! - Sam

¡No te vayas, Poderoso Murph! - Lucas

Había más firmas y también más mensajes: tantos que la tela gris apenas era visible, oculta bajo esas letras alegres y llenas de color.

¡No te vayas!

Pero tenía que irse: todo por culpa del trabajo de su madre. Y aunque había prometido escribir, ese último año había estado muy liado, haciendo nuevos amigos que sustituyeran a los que había tenido que abandonar.

Cogió la segunda camiseta y leyó los nombres de esos nuevos amigos. No había tantos, pero aun así le habían dedicado palabras amables.

¡No me puedo creer que te vayas después de solo un año! Te quiere, Pia

¡Murph! Te echaremos de menos. Vuelve pronto, tío - Tom

En la camiseta número tres solo encontró un par de nombres, escritos en boli a toda prisa, en el último momento; había querido tener algún recuerdo al que aferrarse.

La cuarta camiseta estaba limpia, intacta.

Murph volvió a doblar las camisetas y las guardó en el cajón de abajo de la cómoda blanca.

No había hecho amigos el último año. Estaba convencido —con razón— de que su madre no tardaría en darles la noticia durante alguna cena: tendrían que trasladarse de nuevo. Las personas que lo rodeaban se habían convertido para Murph en algo parecido a un programa de televisión: no tenía ningún sentido implicarse demasiado, porque siempre podía aparecer alguien que cambiara de canal.

Si os habéis mudado alguna vez, ya sabréis que la primera cena es un ritual muy importante. Y como todas las familias que se trasladan a una nueva vivienda, esa noche, Murph, su hermano Andy y su madre se sentaron delante de un montón de envases de comida para llevar, con la extraña sensación de que estaban en casa de un desconocido que se había olvidado de encender la calefacción.

Comieron directamente de las bandejas de aluminio, porque su madre no consiguió encontrar la caja en la que había empaquetado los platos. Murph sabía cuál era, pero estaba demasiado ocupado tratando de impedir que su hermano le robara sus galletas de gambas.

—¡Esas son mías, gorrón! —gritó mientras Andy alargaba el brazo como un pulpo hambriento y le robaba un puñado grasiento.

—¡No necesitas toda una bolsa para ti, Cara de Morsa! —replicó el gorrón de dieciséis años.

—¡Claro que sí! —farfulló Murph, soltando una lluvia de galletas trituradas, como el final de unos de esos fuegos artificiales enormes, solo que con olor a gamba—. Y no me llames Cara de Morsa. Ya sabes que no me gusta.

—Lo siento, Cara de Morsa —dijo Andy, muy orgulloso, como quien acaba de hacer un comentario muy inteligente.

—Vamos, ya está bien —suspiró su madre—. Andy, no

le llames Cara de Morsa a tu hermano. Y, Cara de Morsa, comparte con él las galletas de gambas.

—¡Mamá! —gritó Cara de Mo... Ay, perdón... Murph.— Los otros dos soltaron una carcajada y él sonrió a regañadientes. —Os habéis puesto los dos en mi contra. ¡Como si no fuera ya bastante que te arrastren a una ciudad de muerte a vivir en una caja de zapatos! ¡Yo no soy ningún zapato!

Su madre le acarició la mejilla con un gesto tranquilizador.

—Sé muy bien que no eres un zapato. Y sé que no querías mudarte de nuevo.

Murph observó cómo su madre ladeaba la cabeza hacia atrás para evitar un par de esas lágrimas tan típicas en ella.

«Mamá tampoco quería venirse a vivir aquí», pensó Murph.

—Sé que nos costará un poco adaptarnos —les dijo su madre a los dos—, pero solo tenéis que esperar un tiempo, chicos. Al final os lo pasaréis en grande, os lo prometo. Será... —Hizo una pausa, buscando la palabra adecuada y, a pesar de que en ese momento Murph no podía saberlo, la encontró—. Será... *súper*.

2

Un malentendido

Había muchas cosas que Murph y su familia no sabían acerca de la nueva ciudad. Pero la más importante era en qué escuela iba a estudiar Murph. Su madre había tratado de encontrar una antes de trasladarse allí, pero, al parecer, todas estaban llenas, y a medida que iban pasando los calurosos días de verano, la idea de encontrarle una plaza a su hijo la iba obsesionando cada vez más.

Esa tarde no se había movido de delante del ordenador, hablando con otros padres para que le dieran algún consejo. Incluso había empezado a abordar a gente por la calle para saber a qué escuela llevaban a sus hijos y preguntarles si alguno de sus amiguitos iba a marcharse. Murph estaba mortificado. Andy, cinco años mayor que él, tenía plaza en un instituto local y la situación le parecía tronchante.

—Quizá podrías darte clases a ti mismo en casa —le decía, tomándole el pelo—. Te conseguiremos algunos libros, y puedes instalarte un timbre para saber cuándo debes salir al recreo.

Murph no le veía la gracia, y aún se la vio menos cuando agosto dio paso a septiembre y Andy se fue al instituto.

—Ya veo que aún sigues sin escuela. Lo siento, hermanito —le soltó revolviéndole el pelo mientras se encaminaba hacia la puerta.

Estaba teniendo la peor semana desde que habían llegado a ese sitio. Murph acompañaba a su madre a todas las visitas a las escuelas. Todos los alumnos lo observaban con curiosidad cuando pasaba junto a las aulas, camino del despacho del director. Se sentaba en silencio y, siguiendo las indicaciones de su madre, trataba de parecer más listo de lo habitual. Pero la respuesta era siempre la misma: tenían que esperar.

Una tarde, cuando este proceso deprimente y desesperante hacía ya días que duraba, Murph y su madre regresaron a casa después de hacer algunas compras. Apenas había un alma en las calles; casi todo el mundo estaba tomando el té. De repente, una mujer y un muchacho algo mayor que Murph salieron de una lóbrega callejuela, a unos pocos pasos.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido la escuela? —preguntó la mujer.

La madre de Murph, cuyos oídos habían desarrollado una habilidad de murciélago a la hora de identificar cualquier palabra relacionada con la educación, apretó el paso, cogiendo a su hijo de la mano.

—¡Mamá! ¡Déjalo! —le rogó él. Pero cuando Murph le vio la cara, comprendió que todo sería inútil: su madre tenía una misión.

En cuanto lo hubo arrastrado al otro lado de la calle, vio que el muchacho y la mujer ya se habían subido a un coche. Por un momento, Murph temió que su madre fuera a arrojarse encima del capó para impedirles que se fueran, pero en lugar de eso, se metió en la callejuela de la que habían salido, tirando de Murph, como si el pobre fuera una cometa defectuosa.

Si de lejos ya parecía poco atractiva, de cerca esa calle resultaba tenebrosa. Había unos pocos coches aparcados sobre la maleza del andén, y los jardines delanteros de la mayoría de esas casas mugrientas estaban tan abandonados que los contenedores de basura alegraban la vista.

Pero a mitad de la calle había una escuela muy grande. Supieron que se trataba de un colegio porque, además de las rejas y los inconfundibles edificios de las aulas situados al otro lado del jardín delantero, encima de la valla había un cartel metálico en el que se leía:

LA ESCUELA

Justo delante, un hombre les daba la espalda, concentrado en cerrar la verja del jardín.

Murph oyó un ruido seco cuando su madre apretó los dientes con determinación.

—Arréglate un poco —le siseó con tanto brío que Murph se enderezó al instante tratando de alisarse la parte frontal de la camiseta con ambas manos. Luego, cambiando por completo de tono, trinó con una voz que incluso habría avergonzado a la duquesa más petulante—: ¡Disculpe!

El hombre se dio la vuelta con parsimonia.

La madre de Murph había empezado a entonar otro «Disculpe» que se convirtió en una especie de carraspeo.

Ese hombre no tenía pinta de profesor. Era moreno, con el cabello suave y brillante, y un rizo perfecto le adornaba la frente. Llevaba una chaqueta de *tweed* un poco andrajosa que, sin embargo, por encima de las coderas, dejaba adivinar el volumen de sus brazos musculosos. Detrás de sus gafas de montura oscura destacaban unos ojos de un azul intenso, y cualquiera habría dicho que esa mandíbula angulosa que tenía se la habían tallado en madera.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó ese profesor atípico.

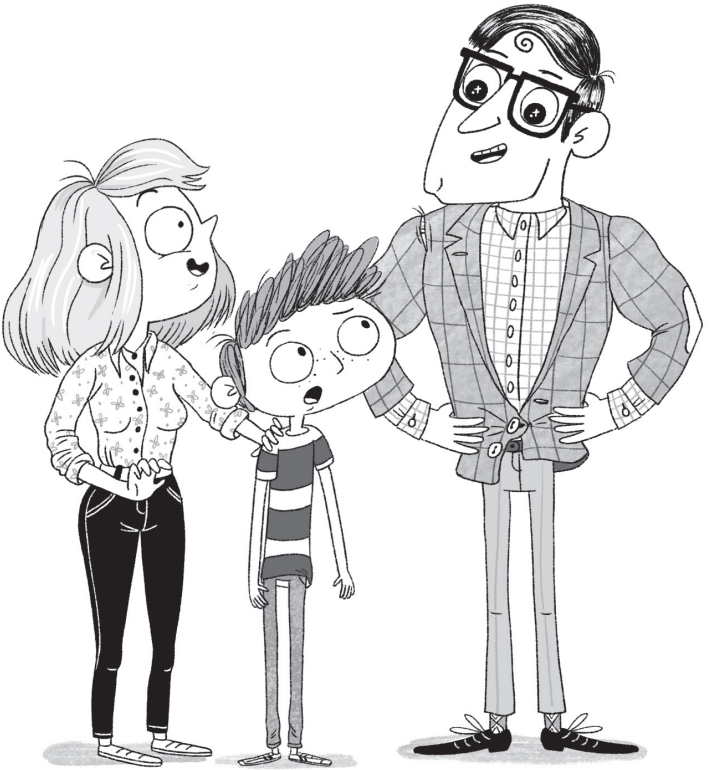
La madre de Murph tardó un rato en recuperar la voz y, al cabo, preguntó:

—Esto es una escuela, ¿verdad?

El hombre estuvo a punto de contestar que no, o eso pareció, pero luego levantó la mirada hacia el cartel que tenía encima de la cabeza.

—Ssssssí —respondió muy despacio, no muy convencido.

—¡Oh, estupendo! Mire, es que nos acabamos de mudar y me está costando horrores encontrarle escuela a mi hijo —empezó a decir, pasándole a Murph el brazo por encima del hombro— y...



El hombre la interrumpió.

—Lo siento muchísimo, pero me temo que no podremos ayudarla. No... no aceptamos solicitudes de niños... —Se detuvo para buscar la palabra adecuada y prosiguió—: de niños... Bueno, ahora mismo no aceptamos ningún tipo de solicitud. Lo siento.

Hubo unos momentos de silencio. Murph estaba convencido de que su madre iba a arrojar la toalla, pero, de repente, la mujer se agarró al brazo del profesor. Necesitó ambas manos para hacerlo.

—Por favor —suspiró—, *por favor*... Vea usted qué puede hacer. Murph es un muchacho con muchas capacidades y necesita un lugar como su maravillosa escuela para desarrollarlas.

—Lo siento —repitió el hombre, liberando con delicadeza su bíceps voluminoso de las manos de la mujer—. Buenas tardes.

Y enfiló calle abajo.

—¡Es un chico con mucho potencial! —gritó la madre de Murph a sus espaldas—. Con su ayuda seguro que... ¡Seguro que usted podría hacerlo *despegar*!

El hombre se detuvo en seco y se volvió.

—¿Despegar? —preguntó en voz baja.

—Sí, *despegar*. Estoy segura de que en la escuela ade-

cuada podría... conseguirlo —concluyó ella con muy poca convicción.

—Así que se han mudado ustedes aquí. Y ¿dice que su hijo tiene muchas *capacidades*? —prosiguió el hombre bajando la voz.

La madre de Murph asintió con entusiasmo.

—Y dígame, ¿ya ha empezado Murph a... esto... *despegar*? —preguntó, ahora casi en un susurro, mientras miraba a un lado y al otro de la calle.

—¡Oh, sí! ¡Lo está haciendo muy bien! —repuso ella, también en voz baja, siguiendo su ejemplo—. Estoy segura de que no le decepcionará.

—¿De verdad que ha despegado alguna vez? —susurró él.

El interrogatorio estaba tomando un cariz un poco extraño, dejando a un lado el detalle de que era casi imposible oír las preguntas. Murph estaba muy ocupado pensando en cómo conseguir que la tierra se abriera bajo sus pies para tragárselo. Había visto los resultados de algunas de sus pruebas de acceso y le parecía un poco exagerado decir que tenía muchas capacidades.

Pero su madre parecía estar rozando la victoria.

—Por supuesto, por supuesto.

—Señor Drench, ¿podría venir un momento, por favor? —dijo el hombre con suavidad. Otra silueta más menuda a la

que Murph no había prestado atención se les acercó presurosa desde el otro lado de la callejuela. Era un hombre más bajito y más delgado que el otro profesor, y tenía unos ojos penetrantes que lo observaban con interés desde detrás de unas gafas.

—¿Dice que tiene muchas capacidades? —preguntó con una voz nasal mientras se aproximaba. Murph se preguntó cómo había podido oír la conversación.

—Este es mi sec... esto... mi ayudante, el señor Drench —aclaró el primer profesor—. Él te tomará los datos. —Luego se volvió hacia Murph y le tendió la mano. Cuando el muchacho se la estrechó, tuvo la sensación de que le pasaba un tractor por encima de los dedos—. Murph, nos vemos el lunes. Estoy impaciente por ver cómo despegas. —Se volvió, soltando un frufrú, como si llevara una capa, pero luego se detuvo y añadió—: Y no le hables a nadie de la escuela, ¿de acuerdo?

—¿Cómo? ¿No podemos contárselo a nadie? Claro, porque es una escuela secreta, ¿verdad? —La madre de Murph se rio de su broma.

Los dos hombres se miraron confundidos y, luego, el más musculado se echó a reír también, algo nervioso.

—¡Ja, ja! Sí, claro, no hacía falta decírselo. ¡Qué tonto!

El hombrecillo más menudo los observó, desconcertado, mientras los otros dos seguían riéndose. Murph se limitaba a sonreír, nervioso, deseando ser invisible.

Su madre y el profesor atípico estuvieron riéndose más tiempo del necesario. Luego se impuso un silencio incómodo.

—Entonces... ¿Es un secreto? —preguntó ella con una risita nerviosa.

—¡Por supuesto! —respondió el hombre, volviéndose una vez más—. Hasta el lunes, pues —dijo por encima del hombro, alejándose calle abajo.

Murph y su madre se miraron, muy confundidos. Luego ella se encogió de hombros y se volvió hacia el señor Drench, que había sacado un montón de formularios de uno de los bolsillos.

3

Una situación mamibochornosa

Murph sentía un hormigueo en el estómago. Empezó a notarlo a media mañana del sábado y, ese mismo día, por la noche, se le agudizó. El domingo por la mañana se despertó con la sensación de que tenía un montón de anguilas diminutas recorriéndole las entrañas. Y por la noche estaba tan preocupado que no podía quedarse sentado, así que no paró de pasearse arriba y abajo por el diminuto jardín de la casa nueva.

Su hermano no fue de mucha ayuda. Cuando lo pusieron al día acerca de la extraña conversación sobre la «escuela secreta», se echó reír como un loco.

—Oh, ¿tienes que coger un tren mágico en un arcén oculto? —ululó subiendo las escaleras a la carrera detrás de Murph, que trataba de buscar refugio en su habitación—. ¿Tendrás que ir a una tienda especial a comprar una varita mágica?

—¡Cállate! —le siseó Murph con los dientes apretados, cerrándole la puerta en las narices y apuntalándola luego con el hombro para que Andy no pudiera abrirla.

Pasó el pestillo y corrió a echarse encima de la cama, mientras su hermano gritaba desde el otro lado de la puerta:

—¡Espero que no tengas escondida una lechuza ahí dentro!

Andy no paró de hacer bromas en todo el fin de semana. Pero al fin llegó el lunes por la mañana. Su madre lo despertó tan temprano que, cuando Murph bajó a desayunar, tuvo la sensación de que incluso los más madrugadores seguían durmiendo. Su hermano era lo bastante mayor como para coger solo el autobús hasta la escuela, así que aún estaba holgazaneando en la cama, escuchando la radio.

El estómago soñoliento de Murph no estaba de humor para tostadas, y sus cabellos soñolientos no estaban de humor para peines; a pesar de ello, sin embargo, a la hora en la que la mayoría de nosotros empezamos a pensar en hacer el primer pis de la mañana, Murph ya caminaba presuroso hacia el coche.

Ya veis, Murph era uno de esos niños a los que sus padres dejan en la escuela a una hora exageradamente temprana. Su madre empezaba el turno en el hospital a las nueve, y tenía que cruzar toda la ciudad para llegar allí. Siempre había sido así. Hasta entonces, los días de Murph habían empezado siempre merodeando a solas por la escuela, como un espectro.

La verdad es que había acabado encontrándole la gracia

a eso de ver cómo funcionaban las cosas antes de que los demás niños aparecieran y rompieran el silencio. Le gustaba ver llegar al repartidor de la leche; disfrutaba charlando con las mujeres de la limpieza; se deleitaba contemplando a los profesores, que se presentaban en diferentes estados de buena disposición. Era como estar en las bambalinas de un teatro antes de que se levantara el telón; la única diferencia era que no había nadie vendiendo helados en la media parte del espectáculo... o el «recreo», como insistían en llamarlo.

A Murph le habría encantado poder tomarse un helado a las once de la mañana.

Pero nos estamos desviando del tema.

—Vamos, ve —lo animó su madre en cuanto detuvo el coche delante de la escuela. Se inclinó a un lado para abrirle la puerta y añadió—: ¡Sé valiente!

Murph le dedicó una mirada de resignación, se llevó la mochila al hombro y se apeó del vehículo.

Antes de doblar la esquina, su madre pegó un bocinazo. Fue una de las clásicas situaciones bochornosas que tanto les gusta crear a las madres, una situación *mamibochornosa*, para usar el término técnico.

Entre las innumerables situaciones mamibochornosas existentes podríamos destacar las siguientes:

- Que te dé un beso de despedida delante de tus amigos.
- Que te llame por el apodo que tenías de bebé en presencia de tus amigos. (El de Murph era «Abracitos». Cuando su madre lo empléo en público en una de sus anteriores escuelas, el chico se alegró de tener que mudarse de nuevo).
- Que te diga que dejes ya de fanfarronear delante de tus amigos.
- Que te pregunte si tienes novio/a delante de tus amigos.
- Que te pregunte si tienes novio/a delante del niño o la niña que quieres que sea tu novio/a.
- Que cante en público a voz en grito.
- Que te limpie la cara después de lamerse el dedo.
- Que te pregunte si tienes pañuelo, como si fueras un huérfano de la **época victoriana.**

Después de lo que le pareció el bocinazo más largo del mundo, Murph le ofreció a su madre una sonrisa mustia, como suplicándole: «Por favor, deja ya de tocar el claxon», la saludó resignado con la mano y se colgó la mochila al hombro, dispuesto a empezar el que sería el día más extraño que había vivido hasta entonces.

La reja de la escuela estaba abierta, pero no parecía que hubiera nadie. Murph se paseó por el jardín y asomó la cabeza por la puerta principal, que también estaba abierta.

—¿Hola? —dijo con la típica vocecilla tímida del primer día de escuela.

Pero no obtuvo respuesta.

En el interior, encontró un escritorio de madera cubierto de arañazos con un ordenador antiguo encima. A pesar de que no tenía pinta de ser nada cómoda, decidió sentarse en la silla de plástico que había delante de la mesa a esperar a ver qué ocurría.

La última escuela a la que había asistido bullía de actividad cuando se acercaba la hora de empezar las clases. Padres y madres charlando, niños correteando de un lado a otro, coches aparcados en doble fila y otros a los que un guardia más nervioso de lo habitual obligaba a abandonar la calle... Allí, en cambio, todo parecía estar en calma. Observó a los niños, que cruzaban con toda tranquilidad la entrada de la verja del

jardín, y se fijó en un padre que había acompañado a su hija en un coche negro muy elegante. Dos chicos bastante mayores pasaron junto a él con parsimonia; Murph pensó que debían de haber colocado un petardo dentro de la escuela, porque se oyó un gran estallido en cuanto doblaron la esquina.

—¡Qué capa tan guay, Howard! —oyó que exclamaba uno de ellos, y los dos se echaron a reír.

Ninguno de ellos llevaba capa, pero, aun así, Murph no le vio la gracia al comentario.

Lo único que parecía diferente era que todo el mundo se encaminaba hacia la escuela a buen paso y en silencio. Todo estaba muy bien organizado y se respetaba el orden, aunque no hubiera nadie vigilando.

Sin embargo, cuando se acercó la hora de empezar las clases, comenzaron a pasar cosas un poco raras. En realidad, decir «raras» era quedarse muy corto.

Mientras esperaba que apareciera alguien que le dijera qué debía hacer, Murph se entretuvo mirando por la ventana. Era un día lluvioso y gris, pero, de repente, una figura de un amarillo chillón apareció entre las nubes debajo de un paraguas y descendió rápidamente hasta ocultarse tras uno de los edificios de la escuela.

Murph no daba crédito. ¿Era el cansancio? ¿Estaba alucinando? ¿Se había vuelto loco?

«Quizá era un canario gigante», pensó.

Pero enseguida recordó que los canarios gigantes no existen (aunque por un momento deseó que existieran), y trató de encontrar una explicación a lo que acababa de ocurrir. Tenía que descubrir qué era esa cosa de color limón.

Se levantó de la silla del escritorio y salió corriendo a toda prisa, tratando de seguir la trayectoria de ese canario monumental (o esa cosa que no podía ser un canario, porque llevaba paraguas). Giró a la izquierda, siguió la trayectoria de la figura en el cielo y apretó el paso hacia los campos deportivos.

Al lado de una puerta lateral en la que podía leerse **«Guardarropa»**, la figura amarilla se sacudió el agua de los brazos e hizo ese movimiento de abrir y cerrar que no tiene nombre y que usamos para secar los paraguas.

De hecho, podríamos aprovechar para darle nombre ahora. De una lista de tres palabras (**flotear**, blatear, flumfear), hemos seleccionado la tercera, flumfear. Esperamos que os guste.

La silueta estaba flumfeando el paraguas con énfasis.

Murph se acercó a toda prisa cuando la figura se metió en el guardarropa. Cuando la puerta aún se estaba cerrando, el muchacho ladeó el cuerpo con la intención de colarse sin ser

visto, pero resbaló en el suelo mojado e irrumpió dentro como un rinoceronte patinador que se deslizó por el suelo hasta chocar con una pared amarilla y húmeda.

Cuando consiguió ponerse en pie, respiró aliviado (bastante): la silueta que había visto flumfeando el paraguas amarillo no era un canario gigante, sino una niña con gafas de aspecto bastante normal.

—¡Lo siento! ¡Hola! Hum... ¿Has... volado...? Lo siento, canario... Botas... Un pájaro enorme, está lloviendo.

Murph estaba aterrorizado. No se le daban bien las chicas

en circunstancias normales, pero aún menos cuando aparecían en su vida volando.

—Hola, torpón —repuso la niña con tranquilidad, quitándose las gafas y sacudiendo el extremo de su bufanda de lana, por supuesto amarilla, con un gesto de persona mayor—. Me llamo Mary. ¿Tú quién eres?

Murph se quedó tan impresionado de que una niña que podía volar entablara conversación con él, que por un momento se olvidó incluso de su nombre.

—Mar... Murph.

—Bien, Mar-Murph, encantada de conocerte. ¿Tú también estás en primero?

Ese era el momento de soltar una respuesta ingeniosa.

—Sí —repuso Mar-Murph con timidez.

—Muy bien. Vamos, ayúdame con este chubasquero y te enseñaré dónde está nuestra aula —le ordenó Mary.

De nuevo, a Murph le pareció una buena entrada para replicar con alguna frase desternillante. Una ocurrencia de las que no se olvidan.

—Está bien —dijo, ayudando a la niña canario del paraguas a recoger sus pertenencias mientras unas veintisiete preguntas le zumbaban por la cabeza.

Murph seleccionó una mientras los dos recorrían los pasillos. Pensó que lo mejor era empezar con la buena:

—Esto... Mary... ¿Has venido a la escuela..., ya sabes..., por el aire?

—Sí —le respondió ella, como si fuera la cosa más normal del mundo—, pero que quede entre nosotros, ¿de acuerdo? Me temo que se supone que no debo hacerlo. Pero es que es más rápido que venir andando y ya llegaba tarde.

—Ah, de acuerdo, era solo por saberlo —consiguió responder él con agilidad, tratando de mantener la calma—. O sea... —Murph tenía otra pregunta—. ¿Te llaman Mary por Mary Poppins?

—¿Quién? —replicó la niña, confundida.

—Oh, nada. Era solo una idea, ¿sabes? Por lo del paraguas y eso... —farfulló Murph.

—¿Qué farfullas? —le dijo Mary, levantando las cejas por detrás de la montura de las gafas, como si fueran dos soles de pelo rubio—. Bueno, ya estamos. Sígueme. Esta es el aula del señor Flash.

—El señor... ¿Flash?

Mary lo empujó dentro antes de que tuviera tiempo de acabar de formular la pregunta.

4

EC

Murph se sintió aliviado al ver que, en el interior del aula, todo parecía más o menos normal. Había dos profesores delante de un montón de alumnos ruidosos que se iban acomodando en sus asientos mientras guardaban sus mochilas debajo de los escritorios. Uno de los profesores era el hombre de mandíbula prominente que Murph había conocido a las puertas de la escuela. Enseguida lo saludó con un cordial «Ah, ¡buenos días a nuestra nueva adquisición!» mientras se le acercaba con la mano tendida, como si presentara al público a alguna celebridad local.

Mary parecía impresionada.

—¿Cómo conoces al señor Soparman? —le preguntó a Murph.

—El señor... ¿*qué*?

La niña le dedicó otra de sus miradas. Hacía muchas.

—¡Vaya, ya veo que eres nuevo de verdad! El señor Soparman es el director de la escuela. Te guardaré un sitio. —Y se marchó pitando.

A Murph empezaba a resultarle bastante evidente que Mary lo había acogido bajo el ala, a pesar de que no tenía alas.

Murph sonrió al director, algo desconcertado.

—Buenos días, señor, esto..., Soparman.

—¿Listo para despegar? —le preguntó el hombre, con una sonrisa de oreja a oreja.

Murph asintió con la cabeza, mirando el rostro afable del profesor, pero cuando asentía por segunda vez, el muchacho abrió los ojos como platos: de repente, se le había pasado algo por la cabeza. Miró a Mary. *¿Despegar...*?

El señor Soparman, sin embargo, enseguida interrumpió su pensamiento incipiente.

—Muy bien —soltó entonces encaminándose hacia la puerta—. El señor Flash seguirá con la clase.

«¿Flash? —pensó Murph de nuevo mientras arrastraba las deportivas hacia el escritorio que Mary le había reservado a su lado. Tomó asiento—. Parece el nombre de un producto para limpiar el baño».

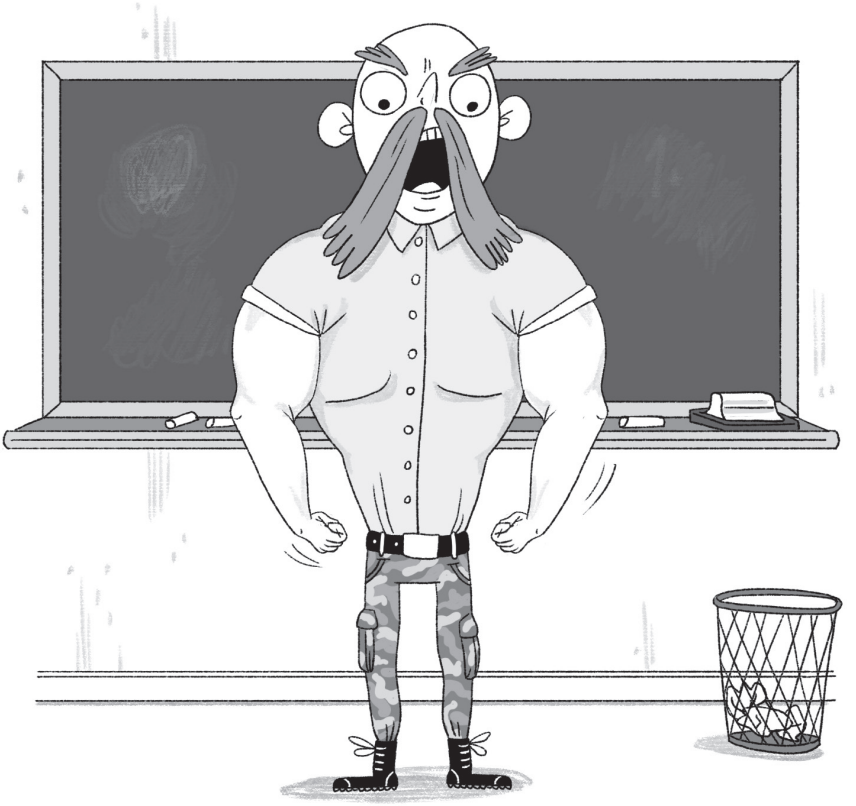
Como el director, el señor Flash tenía pinta de haberse pasado algún tiempo en el gimnasio. Algo así como semanas seguidas. La parte superior de sus brazos sobresalía visiblemente, como si se hubiera rellenado las mangas de la camisa con un cochinillo asado. No tenía ni un pelo en la cabeza y la calva le brillaba muchísimo. En cambio, el bigote pelirrojo

caía generoso a ambos lados, sin dejarle apenas la boca a la vista. El hombre llevaba unos pantalones militares metidos dentro de unas botas negras altas.

Al ver que el alboroto previo a la clase no cesaba, levantó la barbilla y, mirando a todo el mundo desde arriba, ladró:

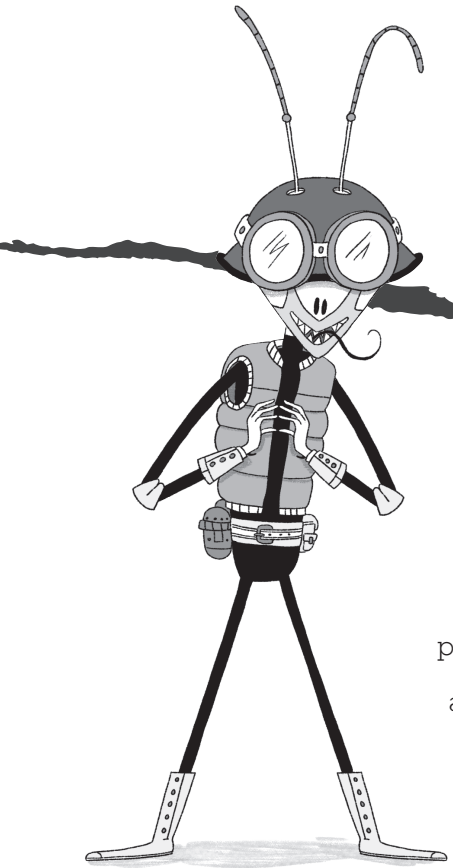
–¡SILENCIOOOOOOOOOO!

Poco a poco, todos se fueron callando y, entonces, se lo quedaron mirando sin abrir la boca. El músculo izquierdo del pecho le vibraba ligeramente. De repente, el señor Flash les dio la espalda y empezó a garabatear en una pizarra.



—Ya que tenemos a un recién llegado, os diré que soy el... —dijo, haciendo chirriar la tiza contra la pizarra (era como si alguien hubiera aplastado a un jerbo)— señor Flash. Y bienvenido... ñiiiic, ñiiiic... a tu primera clase.

El inventario de cosas de esa escuela que desconcertaban a Murph no paraba de crecer. Ahora podía añadir que aún usaban pizarras de las antiguas, como si estuvieran en el siglo veinte. Pero la lista sería mucho, mucho más larga.



MIENTRAS...

—Cada historia —declaró Néktar— necesita un villano.

Trató de soltar una risa vil, pero al ver que le salía demasiado aguda, se apresuró a transformarla en un ataque de tos.

Néktar iba vestido de amarillo y negro. Sus botas eran de un amarillo chillón y sus pantalones, de un negro azabache.

Llevaba cinturón amarillo y camiseta negra, y, encima, un chaleco también amarillo. Un casco negro con unas gafas amarillas que sobresalían y un par de antenas temblorosas le cubrían la cara por completo. Si aún no os habéis hecho a la idea, os diré que tenía solo un objetivo.

Estaba de mal humor. Las avispas suelen estarlo.

Os hablaré más de él enseguida. No os olvidéis de él, ¿de acuerdo? El tío que es medio avispa.

Ahora volvamos a Murph...

Después de cuarenta minutos de clase del señor Flash, Murph tenía la sensación de que le habían extraído el cerebro, habían dejado que un gato jugueteara con él durante unos diez minutos y luego se lo habían vuelto a colocar en su sitio. Estaba sentado en la silla, con la boca abierta y las cejas arrugadas como un campo arado, tratando desesperadamente de dilucidar de qué iba todo aquello.

En sus anteriores escuelas, las asignaturas tenían nombres como Mates o Educación Física. La asignatura del señor Flash se llamaba EC, unas siglas que Murph no conseguía entender a qué correspondían. Al principio, se le ocurrieron algunas opciones posibles, como Educación en Ciencias, pero no se

hablaba de nada de eso. Luego, al ver que cada vez era todo más extraño, pensó que podían corresponder a cualquier cosa. ¿Ensalada César? ¿Enemigo Común? ¿Esqueleto Calvo?

A juzgar por lo que Murph había visto en clase hasta entonces, todo eso debía de tratarse de algún tipo extraño de ejercicio de juego de rol, y dio por sentado que se había perdido algo vital en las primeras semanas del curso. Pero ya había faltado a clase en otras escuelas y nunca había tenido problemas a la hora de ponerse al día con las tablas de multiplicar o con la redacción sobre lo que había hecho en vacaciones de Pascua. Allí tenía la sensación de que esas vacaciones las había pasado en el espacio y luego había aterrizado en un planeta completamente diferente.

La clase empezó cuando un niño de cabello y mejillas rojas se plantó delante de todos sus compañeros con las manos en las caderas. El señor Flash le dedicó una mirada de aprobación: estaba claro que era uno de los estudiantes más brillantes.

—Muy bien, Timothy —le sonrió el profesor—, veamos qué progresos has hecho, ¿de acuerdo?

El tal Timothy empezó a esforzarse, como si pusiera todo su empeño en ir de vientre y no lo consiguiera. Se le formaron gotas de sudor en esa frente enorme que tenía y las mejillas se le pusieron aún más rojas.